

Franz Hartmann

AFINIDADES ESPIRITUALES

Correlation of Spiritual Forces

(1897)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección “Rosae Crucis” N° 3

ÍNDICE

¿Qué es la Fuerza?, *página 3.*

La Ciencia Exacta, *página 4.*

La Infinitud del Espacio y la Fuerza, *página 4.*

El Conocimiento de la Verdad, *página 6.*

El Poder del Conocimiento Espiritual, *página 7.*

La Ilusión de la Personalidad, *página 8.*

Pureza es Libertad, *página 9.*

El Saber y la Sabiduría, *página 11.*

Sabiduría, Belleza y Verdad, *página 12.*

Dios es la Suprema Ley y la Única Realidad, *página 15.*

¿QUÉ ES LA FUERZA?

Antes de procurar ocuparnos racionalmente en la indagación de los efectos recíprocos y afinidades de unas fuerzas cualesquiera, físicas, psíquicas o de otra especie, se presenta ante todo la pregunta: ¿qué es la “fuerza”?

La observación y la experiencia, tanto externa como interna, enseñan que la “fuerza” es un atributo o función de algo que se llama “substancia” o “materia”, a saber, un movimiento que por su naturaleza, no puede ser más que la expresión de una energía, ya que la substancia inanimada no puede moverse por sí misma. A la verdad, no está demostrada la existencia de cualquiera materia, y contradice a toda filosofía sana, a menos que por “materia” entendamos la “substancia” (de sub-debajo, y sto-estar), es decir, aquel principio que es la base de toda existencia.

Este principio, sin embargo, no puede ser por sí mismo otra cosa que una energía, porque, sin causa eficiente, nada absolutamente puede existir. La “materia” no puede ser su propia causa: ha de tener una causa por la cual existe, y esta causa no podría producir nada, si no fuera una fuerza operativa.

Según este aspecto, lo que llamamos “substancia” o “materia” no ha de ser otra cosa que el fenómeno que existe producido por la acción de una energía convertida en fuerza, cuya energía ha de ser por sí misma de naturaleza substancia, porque un movimiento de nada, sin base alguna para su existencia, es quimérico inimaginable.

Esta fuerza universal que los antiguos llamaban “materia prima”, y que Schopenhauer describe como la “voluntad”, corresponde a lo que en sánscrito se llama “Akâsa”, y que quizá se designará mejor como el “espacio” o “fuerza universal”, por lo cual, sin embargo, no hemos de representarnos al espacio como una “nada vacía” o como una vejiga llena de éter universal, sino como la extensión de la fuerza universal infinita de que se trata, y cuya causa está en ella misma como algo que nos es desconocido, lo cual no podemos abarcar precisamente porque es infinitamente más grande que nosotros mismos, y que designamos como “Dios” o “Voluntad de Dios”, sin aproximarnos por ello a la comprensión intelectual.

Considerado desde el punto de vista espiritual, nos parece el universo como una manifestación del poder y de la gloria del Uno eterno e innominado; “la materia” como energía acumulada y convertida en fenómeno; la “fuerza”, en cualquiera forma que aparezca, como una expresión de esta energía que se puede designar como la voluntad cósmica regida por una ley natural, cuya voluntad en su propia “substancia” o esencia, por sí misma, en todos los planos de existencia, en los planos físico, psíquico y espiritual, puede producir formas corpóreas, ya visibles, ya invisibles para nosotros. Esto concuerda también con las doctrinas religiosas de varios pueblos; pues, por ejemplo, la Biblia enseña que todo se hace por el Verbo (Logos).

El “Verbo” significa la vida que obra de dentro afuera, y la doctrina de los indos concuerda, por tanto, con la de los cristianos, afirmando que todo lo que existe no es otra cosa que una manifestación de la actividad de un principio vital en el universo, cuya fuente

es Atma, el Espíritu, es decir, la “Conciencia”. La “materia” es un fenómeno, y como tal, un atributo de este principio universal. Lo que llamamos “forma” no tiene en sí misma ninguna existencia absoluta, sino que es una suma de cualidades; pero el poder trascendente que produce estas formas, es eterno e inmutable, por más que se manifieste en formas y fenómenos innumerables y diversos.

LA CIENCIA EXACTA

¿Es esto “ciencia exacta”? Depende de que se entienda por esta expresión. Por “ciencia exacta” muchos entienden aquel saber aparente que se obtiene acallando toda emoción y aprehensión superior, rechazando toda percepción espiritual como fantasía, no queriendo saber nada de cosa alguna que no se puede tocar con las manos y percibir con los sentidos corpóreos; aquel pretendido saber que resulta del tener el fenómeno como una cosa esencial, y la esencia misma conceptualarla una casualidad.

Parece que ha pasado el tiempo de esta “ciencia exacta” que se llama ciego materialismo, y no vale la pena hablar más de ella. Por todas partes la necedad es un obstáculo para sí misma; no puede, por tanto, ver nada, y no se le puede probar nada, porque no puede comprender la prueba.

Hay, por el contrario, otra ciencia verdaderamente exacta, la cual consiste en conocer no sólo la apariencia, sino también la verdad, y por cierto, este conocimiento no procede sólo de las impresiones percibidas por medio de los sentidos corpóreos, sino de la capacidad para percibir lo más elevado y lo más noble en la naturaleza, de la posesión de una mirada espiritual libre y de la facultad de juzgar claramente pero especialmente de la observación de las fuerzas que dominan en el alma propia, después de que éstas se han despertado a la vida y han llegado a la conciencia en nosotros. Las observaciones exteriores y superficiales explican tan sólo las cosas externas. El que quiere hallar la perla oculta en el lecho del mar, tiene que sumergirse en la mayor profundidad del agua. Le es preciso obtener su saber de la fuente de la Verdad, y no de las fantasías y teorías humanas.

LA INFINITUD DEL ESPACIO Y DE LA FUERZA

Uno de los astrónomos más famosos de nuestra época, Camilo Flammarion, dice: “¡Infinitud! ¡Eternidad!”.

El estudio de la astronomía nos sumerge en ella. ¿Con qué vara hemos de medirla?”- Si pudiéramos andar con la velocidad del rayo, necesitaríamos millones de años para alcanzar las regiones donde se vislumbran los mundos más lejanos; pero, llegados allí, encontraríamos que no habíamos dado un solo paso hacia el límite del espacio; pues el espacio es ilimitado, lo infinito sin límites, y por todas partes y en todas direcciones hay tantos mundos, tantos soles que se siguen unos a otros, que, si se expusiera bastante tiempo una placa fotográfica, se encontraría finalmente cubierta de tantos puntos brillantes que el

todo no presentaría ya sino un solo cielo radiante, porque por todas partes, doquiera miramos, hay innumerables soles los unos tras los otros en interminable serie.

“Y vivimos en uno de estos mundos; y, a la verdad, en uno de los más insignificantes, en algún punto de la infinidad sin límites, el cual es alumbrado por uno de esos innumerables soles, dentro de un horizonte limitado, como orugas en sus capullos. Nada sabemos de todas las causas de estos fenómenos; somos criaturas del momento, que volvemos a desaparecer, cuyo saber no va más allá de la mera apariencia y cuyo horizonte es proporcionalmente lo mismo que nada, pero a pesar de eso, bastante grande para poder imaginarnos que sabemos algo; y aún nos lisonjamos y nos llenamos de un sentimiento de arrogancia, creyendo que gobernamos la naturaleza; no somos poco presumidos acerca de lo que tenemos por realidad, y que, sin embargo, no es nada sino una apariencia vacía”.

Pero, así como es en lo exterior, así es también en lo interior. Allí también se halla la apariencia en la superficie, y la realidad en lo profundo.

Ningún hombre todavía ha sondeado con su inteligencia terrestre su propia naturaleza. Allí también halla la infinidad, si penetra bastante dentro de sí mismo; allí también hay innumerables mundos en el espacio infinito. Tampoco hay allí fin alguno - ¡ningún fin!. En el mundo pequeño que llamamos nuestro, lo mismo que en el mundo grande que nos rodea, hallamos las mismas fuerzas y las mismas cualidades, estados conscientes e inconscientes de nuestro propio yo, y llegamos finalmente a aquella profundidad donde cesa todo concepto de la personalidad y comienza la Omniconciencia de Dios.

Espacio, fuerza, materia, energía y cualidad son palabras que después de todo significan lo mismo, por más que se refieran a diversos aspectos o conceptos que nos formamos de esta Unidad. El “espacio” es la extensión de la energía universal; la “fuerza”, su expresión; la “materia”, su fenómeno; las cualidades son las manifestaciones de fuerzas, energías encadenadas que se convierten en fuerza cuando entran en actividad. Así, por ejemplo, la conciencia es un estado, una cualidad, pero también, una fuerza y un espacio. Puede limitarse en un solo punto, o extenderse en la infinidad.

La pureza del corazón es una cualidad, pero al mismo tiempo, un estado que da al alma la fuerza de tener alejado todo lo que es impuro y contrario a la naturaleza. El saber es una fuerza que da al hombre la capacidad de hacer obras que son tanto más grandes cuanto más grande es este saber. La necedad es una fuerza que domina al mundo y cierra la entrada al conocimiento; la presunción es una fuerza que impide al hombre ver la Verdad; el egoísmo, la superstición, la falsa devoción, la malevolencia, la envidia, la cólera, etc., son cualidades, pero también fuerzas, porque dan al hombre el poder de hacer daño a los demás y a sí mismo. El calor, la luz, son cualidades, pero son también fuerzas, pues el calor calienta los cuerpos y la luz les hace lucir; y si los cuerpos no poseyeran estas fuerzas, no existirían en ellos estas cualidades.

Cuanto más se manifiesta en un cuerpo la cualidad de un principio general, tanto más alcanza este cuerpo al poder de practicar esta cualidad, consciente o inconscientemente. Todas las fuerzas no son finalmente otra cosa que formas de la actividad del Espíritu universal en la Naturaleza, el cual se manifiesta bajo diversas condiciones y da a la individualidad sus cualidades y, por lo tanto, sus fuerzas individuales también. En una bellota se manifiesta la fuerza, por la cual puede crecer un roble, sin que lo sepa la bellota; pero el hombre que se ha despertado a la conciencia de sí, puede emplear de

un modo inteligente las fuerzas que la naturaleza le ha prestado, para reponer las condiciones bajo las cuales, fuerzas espirituales, siempre más elevadas, pueden manifestarse en él, y así prestarle cualidades superiores y más nobles.

EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD

La más grande de todas las fuerzas espirituales que eleva al hombre muy por encima de su propia naturaleza animal y de toda ilusión, es el conocimiento de la Verdad. Esto no quiere decir la comprensión de alguna teoría, sino la realización de la Verdad en el hombre mismo, sin ninguna referencia a sus opiniones, teorías, su fantasía y su presunción. Lo que somos nosotros mismos, lo sabemos luego que lo reconocemos realmente, y no necesitamos para ello ninguna “explicación”.

Todas las explicaciones y teorías sirven tan sólo para librarnos de los errores que nos impiden conocer la Verdad; el conocimiento verdadero no puede obtenerse por el mero saber, sino por el llegar a ser.

Nadie puede revelar la verdad a otro hombre; sólo la Verdad misma se revela. Así como en el reino zoológico un animal se alimenta con otro, así también en el plano intelectual se alimenta el hombre de los frutos que otro ha producido en el jardín de sus pensamientos. El Espíritu de Dios es libre, y el hombre en quien ha llegado a la conciencia de la Sabiduría, vive en el Conocimiento de la Verdad, superior a todas las opiniones y teorías transitorias, en su Yo propio infinito e inmortal.

A semejante estado no puede uno llegar por medio de la fantasía, sino que se puede alcanzar tan sólo por la manifestación de esta fuerza espiritual interna. La obscuridad no puede por sí misma producir luz alguna. Si se manifiesta la luz, desaparece la obscuridad. Del mismo modo no puede proceder de la presunción del hombre ninguna sabiduría; si la Sabiduría se manifiesta, desaparecen la presunción y las opiniones necias. Por tanto, la Sabiduría es una fuerza que vence a la necesidad.

Una seguridad presuntuosa de que sea verdadera tal o cual cosa, aunque descansa en las mejores bases, no es de ningún modo el conocimiento propio de la Verdad. La Verdad no es conocida del hombre, sino cuando se realiza en él mismo, es decir, cuando se revela en su autoconciencia como fuerza viva, y se ha armonizado con Ella, de modo que puede decir en verdad, no sólo “Yo reconozco lo que es verdadero”, sino también “Yo soy la Verdad misma”.

Esto no quiere decir que no se deba escuchar ninguna teoría ni que sea preciso rechazar ciegamente la opinión de otro. La teoría verdadera es el medio para la práctica acertada, mas no es el Conocimiento mismo.

La primera condición para el conocimiento de la esencia de cualquiera fuerza o calidad, es la posesión de la misma. Reconocemos los efectos de las fuerzas exteriores que nosotros mismos no poseemos, más no su esencia. Para conocer la esencia de una cosa, es preciso que sea una parte de nuestra propia esencia que percibimos; pues una cosa puede reconocer tan sólo aquello que le es semejante; nadie puede tener conciencia propia de cosa alguna sino de sí mismo y de lo que incluye en sí misma. Nadie puede saber qué es el

hambre, si no la ha sentido nunca; nadie conoce el amor sino aquel que lo posee; lo inconsciente no comprende a la conciencia, ni la muerte a la vida. Es inútil argüir acerca de la posibilidad de que existe una forma de conciencia superior a la ordinaria, con aquellos que no la conocen, porque no existe para ellos en tanto que no poseen ni perciben cosa alguna superior.

EL PODER DEL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

Todo lo que hay más allá de nuestra experiencia, es para nosotros misterioso y “oculto”. Considerado como animal intelectual, el hombre no sabe nada de las fuerzas espirituales. Empero, cuando en la conciencia del hombre nace una fuerza espiritual, que le influye poderosamente sin que sea ya una cosa desconocida; no necesita, pues, ninguna otra prueba científica de su existencia, por tratarse de un elemento de su propio ser y es reconocida como tal.

No existe para nosotros ningún dios personal mientras no lo percibimos; más si penetra en nosotros la percepción de la Divinidad en la conciencia, nada nos impide reconocer la revelación de esta fuerza espiritual como una parte de nuestra propia naturaleza. Si, por el contrario, negamos la posibilidad de que se realice el ideal divino en el hombre personal nos impedimos a nosotros mismos llegar a un estado divino. Los ignorantes piden a gritos pruebas de la existencia de Dios; pero no necesita prueba alguna el sabio en quien el fuego del Amor divino reduce a cenizas la ilusión del yo, y en quien se ha revelado la Luz de la Sabiduría que viene de arriba. El mismo es un dios luego que Dios ha dominado y aniquilado a lo animal en él.

El primer paso para alcanzar este fin consiste en obtener la Pureza. El espíritu del hombre reúne y combina ideas y con ellas levanta un edificio artificial de ciencia aparente, “edificado en la arena”, una obra imperfecta compuesta de muchos fragmentos, entre los cuales quizás se encuentre esparcido un vislumbre de verdad; pero el verdadero conocimiento se efectúa, cuando la Luz de la Verdad eterna se refleja en el alma del hombre y la llena completamente, del mismo modo que lo hace el sol en un cristal perfecto. Este conocimiento no es como el saber externo de lo aparente, como producto de la ideación propia; no pertenece de ningún modo al hombre externo, sino al Hombre divino renacido en él, cuya luz puede reflejarse en la conciencia del hombre personal.

El mero “presentimiento” en sí mismo de lo divino es ya poseer la semilla de ello, porque sólo la sensación divina en el hombre puede percibir la presencia de Dios en el universo; mientras que, por otra parte, el poseer las más elevadas capacidades espirituales no nos sirve de nada en tanto que no las conocemos, y no las conocemos mientras no han desarrollado sus fuerzas, ni llegado a nuestra conciencia. Pero si estas cualidades se han convertido en nosotros en fuerzas vivas, podemos observar su naturaleza y su acción tan bien, y aún mejor de lo que sucede con los fenómenos exteriores del calor y de la electricidad. Quizá comprendemos entonces que las fuerzas espirituales no son otra cosa que modificaciones de una Fuerza espiritual única, y que siendo afines entre sí, reaccionan las unas sobre las otras limitándose mutuamente.

La pureza es la libertad. Si estuviéramos puros de toda personalidad y presunción, seríamos libres y reconoceríamos que no somos criaturas limitadas, sino omnipresentes, omnipenetrantes y omniscientes en nuestra naturaleza verdadera. Atma es uno e invisible; está en todas partes. Yo soy Atma, pero no estoy en condición de reconocerlo, debido a estar ligado al “yo” y a lo “material”. Una vez reconozca a Atma, Espíritu, me reconoceré en mi Yo verdadero. Nada impide este conocimiento espiritual sino aquello que no pertenece al Espíritu. En el stratum superficial del espejo del alma se reflejan los fenómenos del mundo de los sentidos y evocan imágenes, del mismo modo que los árboles en la orilla de un lago; pero en la parte más profunda descansa la chispa del Conocimiento de la Verdad, cuya chispa, cuando se convierte en llama, ilumina todo el reino del pensamiento. Cuanto más la mente se llena de conceptos sensuales, cuanto más penetra en su interior las percepciones materiales, tanto menos se revela la Verdad.

Dice el Bhagavad Gitâ: “Cuando se abre el ojo exterior del alma, se cierra el interior”. Pero si el alma se aparta del dominio de la ilusión y, por el vuelo de la voluntad, es llevada hacia la esencia de las cosas, se le abre la puerta del santuario en el cual se revela la Verdad. El cielo, por su naturaleza, es puro; sólo las nubes nos ocultan el sol; el alma, en su propia naturaleza, es pura y libre como el espacio; sólo los errores, “las hermanas malvadas”, tienen presa a la “princesa encantada” de la leyenda; la Voluntad iluminada por la luz de la razón, es el “hijo del rey” que la liberta.

La pureza mora en el amor a la Verdad y no en la atracción del “yo” propio. Pero el amor a la Verdad, es el amor a aquella Fuerza que mora en todas las cosas, y mantiene juntos y agita a todos los mundos, y esta fuerza es el Amor divino mismo. El que ama a la Verdad, no ama en realidad sino a su Yo divino, el cual es el Yo del universo. El amor verdadero es el presentimiento del Conocimiento de sí mismo. El que se sacrifica a este amor, no sacrifica nada, sino que gana todo; él abandona su cautiverio y por este “sacrificio” que no le cuesta nada de verdadero valor, entra en la Pureza y la Libertad.

LA ILUSIÓN DE LA PERSONALIDAD

Por su naturaleza verdadera, el hombre es un espíritu, un habitante del cielo; su forma material limitada es el resultado de sus deseos materiales; él sueña en una existencia material, que toma por realidad hasta que vuelve a despertarse a la conciencia propia de su naturaleza verdadera. Cuando se despierta, está libre su voluntad, pero en el sueño de este mundo está encadenada. La voluntad del hombre que se ha despertado a la verdadera autoconciencia, es la Voluntad de Dios; cuando el hombre se reconoce a sí mismo en la Verdad sabe lo que es la Voluntad del Altísimo. El hombre, como ser espiritual, etéreo, lleva una envoltura material y animal, la cual toma por su “yo”; cuando alcanza el conocimiento de su constitución verdadera, queda libre de esta envoltura su “personalidad” (persona-máscara). Este libramiento de la ilusión del “yo” es el sacrificio que no es tal “sacrificio”, sino una liberación que no puede efectuarse por amor al “yo”, porque no puede dominar el yo al yo, la ilusión a la ilusión.

Esa liberación se efectúa por la fuerza del conocimiento del Yo divino en nosotros, el cual, desde el punto de vista material es nuestro No-Yo, pero, desde el punto de vista espiritual, es el Yo único verdadero de la humanidad entera. Aquí no se trata de ninguna “absorción en la nada”, sino de una elevación en la Divinidad. Un lurte se forma en el Océano; es diferente del agua tan sólo por la forma, pero no en su naturaleza; se derrite y entonces es lo que era antes. En la conciencia universal se forma la ilusión de la personal a consecuencia del deseo de existir personalmente. Nada se gana con la desaparición de la forma, porque existe todavía la personalidad con sus consecuencias.

PUREZA ES LIBERTAD

Si se llega a dominarla entonces el hombre vuelve a ser uno con el Hombre divino, así cuando la chispa se convierte en llama, viene a ser una con la luz. La clave del gran misterio es la distinción entre lo eterno y lo transitorio. ¡Procura apoderarte de ella y abre la puerta de la inmortalidad! Puro es lo verdadero, libre de todo error; puro es lo real, libre de lo falso; puro es lo inocente, libre de pecado; puro es el amor, limpio de egoísmo; pura la renuncia, si no la acompaña la esperanza de recompensa. El conocimiento es puro cuando está libre de error; de él procede la Paz, y en la Paz está la satisfacción y la felicidad, pues la felicidad consiste en la ausencia de todos los deseos y esperanzas no cumplidos. La paz es la condición para la manifestación de la Sabiduría, porque sólo en la mente que ninguna pasión perturba, puede la Verdad reflejarse con claridad para que la imagen de Dios tome forma en el hombre.

La pureza es la libertad, porque aquél que es puro de todo deseo, está libre de la ilusión de la personalidad, y así viene a ser señor del yo propio. Donde cesa la personalidad, no hay ya nada que subordinar, nada que gobernar. El que está libre del yo, es uno con la Ley, la cual es superior a todo.

La libertad es la ley hacia la cual la humanidad entera, y la naturaleza por medio de la humanidad, dirige todos sus esfuerzos. La libertad es la vida verdadera, más allá de aquel estado superior en el cual no hay muerte, la cual es sólo patrimonio de la forma cuando cesa la actividad de la vida; mas la vida misma no muere. La libertad verdadera consiste en la obediencia a la Ley de Dios, cuya Ley es Su Voluntad; la Voluntad de Dios es el Amor con la fuerza del Conocimiento.

Dios no quiere otra cosa que manifestarse en sí mismo, y sólo aquel que se esfuerza en obedecer a la Ley, hace posible la manifestación de Dios en su propia persona, pero esto lo puede hacer sólo aquel que ama a Dios y no aquel que le expone sus deseos personales con lamentos o gritos o procura moverle con tambores y pífanos a que le haga su voluntad. La voluntad se vuelve libre por el Conocimiento de la Verdad; la libertad de la voluntad tiene la misma extensión que la del Conocimiento. La Voluntad de Dios es libre. Cuando la voluntad del hombre ha llegado a la verdadera libertad, entonces es una con la Voluntad de Dios y la Voluntad divina misma. No hay diferencia entre dos fuerzas que son idénticas entre sí. La libertad es la consunción del amor, la unión del amor del hombre con su verdadero Yo divino por el Amor de Dios con su manifestación en el hombre. Este Amor es

el Conocimiento mismo. El que crece en el poder del conocimiento espiritual, crece en el amor. El conocimiento meramente intelectual no produce ningún amor verdadero, ni la inclinación de los sentidos conocimiento verdadero alguno; pero el amor verdadero procede del conocimiento de la Unidad del Todo, y por medio de este amor se conoce la esencia divina en todas las cosas.

Con las fuerzas espirituales sucede lo que con el pollo y el huevo. Si no existiera la gallina no habría huevo, y sin el huevo no habría pollo. Así como el uno depende del otro, del mismo modo en la eternidad no hay “primero” ni “último”. Si reconozco a mi propio Yo verdadero como Dios, solo sacrifico a mí mismo sacrificado. Trascendiendo las apariencias llego al conocimiento del verdadero Ser; pero para que yo pueda renunciar a ellas, es preciso que exista ya en mí cierto grado de conocimiento.

El que da todo está libre y no está ya ligado a cosa alguna; mas el que lo da a fin de alcanzar la Libertad, no gana nada, porque se halla todavía impulsado por el deseo de obtener algo para sí mismo; solo la percepción de la santidad de la Libertad da al hombre el poder de renuncia y entonces esa libertad se convierte en una fuerza que de otro modo no se podría percibir. El atributo se convierte en fuerza, la cual puede percibirse llegando a la conciencia en nosotros. Un rey que no percibe nada de su reino, no es capaz de gobernar; el hombre que no conoce su dignidad está bestializado. La conciencia del estado en el cual se encuentra uno, da la fuerza para el desarrollo del atributo.

La libertad no está limitada a lugar alguno; el Espíritu libre está en todas partes y puede actuar en cualquier lugar en que transponga su conciencia. El cuerpo no puede participar esta libertad; está ligado a un lugar y a un tiempo; el Espíritu que ha obtenido la libertad, está libre. Por la conciencia de la Libertad se manifiesta la justicia. Mientras el alma es presa de afecciones personales no puede comprender la justicia que reconoce el derecho de todas las criaturas; mas el que es superior a todo, no está ligado a nada individual; reconoce la Realidad en una mosca lo mismo que en un elefante. El alimento de la Libertad es el amor porque éste fortalece al conocimiento.

El símbolo de la libertad se representa con la cruz, la cual significa el sacrificio de sí mismo, la muerte de lo material y el libramiento del espíritu por medio de la unión con la Divinidad.

Encadenada por medio de los sentidos, presa de la ilusión del yo, duerme y sueña el alma que ha olvidado su origen divino, su patria celestial; está sujeta a un cambio constante de vida y de muerte, hasta que, por el dominio de la ilusión, vuelve a despertarse a la conciencia de la Realidad, y deshecha la envoltura que le impedía la liberación.

El presentimiento de esta libertad, aparece cuando empieza a moverse la fuerza del conocimiento, de la cual dimana la Fe, que es como la percepción fija de un rayo de luz que penetra a través de la niebla, y cuyo manantial es el Sol central del universo. No es todavía el Conocimiento perfecto, sino el principio del mismo. Si el alma se eleva en el poder de esta fe, la niebla se desvanece y el sol surge con toda su gloria. La fantasía no tiene nada que ver con la fe; es impotencia y no es fe, aún cuando por ella se deriven las opiniones aceptadas de las autoridades fidedignas. Ningún hombre ha alcanzado jamás al verdadero Conocimiento con poner su “fe” en la respetabilidad y criterio de alguna persona. En semejante base descansa la “Teosofistería”, mas no el Conocimiento divino (Teosofía).

En la aceptación de teorías, sean verdaderas o falsas, no hay ningún conocimiento. La verdadera Fe no se basa en dogmas y opiniones, sino que es el Sendero de la Luz que

conduce al Conocimiento, y se puede poseer la verdadera Fe aún sin haber sido educado científicamente y sin estar versado en teología. El principio de este camino es a luz; el medio el verbo, el cual procede de la percepción en el corazón del hombre; su fin es la manifestación perfecta de la existencia divina -no de la existencia de otro, sino de la existencia de Aquél que es la esencia de todas las cosas, y por tanto nuestra esencia propia también. Por la Verdad se alcanza la certeza, y por la certeza la Verdad. Por la obscuridad se alcanza la Luz, y la Luz necesita de la obscuridad para manifestarse.

La Pureza es el camino de la Libertad y la aurora del día de la Libertad es el momento en que el hombre aprende a creer, es decir, a distinguir entre lo eterno y lo transitorio. Quien ha aprendido a conocer lo eterno, posee ya la inmortalidad, porque sólo lo inmortal en el hombre la puede conocer.

La morada de la Libertad está en la Omnipotencia de la Ley, pues la Voluntad libre misma es la Ley, y la naturaleza entera le obedece.

Libertad significa Redención. La libertad del hombre no consiste en dejar a sus elementos animales dueños de sí mismos, sino en dominarlos y obligarlos a obedecerle. La Redención del hombre no se efectúa por medio extraño alguno, sino tan sólo alcanzando el Conocimiento.

El yo material personal no se salva, pero su dios se salva de él por medio de la muerte, y así salva también de su persona todo lo que de ella ha entrado en su naturaleza divina. Por tanto, la Sabiduría es la puerta de la Libertad, y el conocimiento de Sí su trono.

EL SABER Y LA SABIDURÍA

La Luz de la Verdad lanza sus rayos sobre el sendero de la vida; pero la Sabiduría nace en el interior del hombre cuando él reconoce la Luz de la Verdad. El Amor es el asiento de la Fe, y el asiento de la Sabiduría es el Verbo interior que habla la verdad en el corazón. La experiencia es la madre del saber; todo saber que no descansa en la experiencia es sólo aparente. La piedra de toque de la Sabiduría es la justicia, y la vara con la cual se mide la justicia es su acción. La Sabiduría no es un producto de la naturaleza, pero la Sabiduría domina a la naturaleza dondequiera que sea y la sujeta a la obediencia. Por tanto, la Sabiduría es algo sobrenatural; pero su realización se efectúa dentro de la naturaleza y no fuera.

El Conocimiento divino es una fuerza que es superior a todas las fuerzas mecánicas, superior a todos los instintos animales, superior a todas las actividades intelectuales. Lo que nos enseñaron los antiguos sabios indos, y lo que repiten nuestros filósofos modernos, no ha procedido de la sutileza e ingeniosidad de las ideas de los sabios, sino más bien de su Conocimiento divino. La Sabiduría no consiste en la especulación o la lógica, ni se obtiene por medio de éstas; es el conocimiento de Sí, que no descansa en nada sino en sí mismo. La naturaleza es una manifestación de la Verdad, cuya madre es la Sabiduría. Aún cuando se aniquilara la naturaleza entera, y el cielo y la tierra desaparecieran, la Sabiduría de Dios subsistiría, aunque en lo inmanifestado, y su Voluntad y su dirección traería a la existencia un nuevo universo.

Sin embargo, por hábil y erudito que sea un hombre no posee sabiduría mientras no llega a manifestarse en él el verdadero Conocimiento de Sí. La posesión de este Conocimiento de Sí distingue al verdadero sabio del erudito. La verdadera Sabiduría no puede aprenderse en los libros, los cuales sólo pueden enseñar dónde encontrarla, pues no se transfiere por medio de alguna persona, sino por sí misma. Todas las cosas que vemos, son símbolos y representaciones de la realidad, más no la realidad misma. Si interpretamos erróneamente estos símbolos, no es por culpa de la Verdad ni de los símbolos, sino de nuestra propia ofuscación. La verdad es siempre comprensible de sí misma, y no necesita prueba alguna. Ella es una luz, y la percibe aquél a quien ella alumbró; mas aquél quien está ofuscado, no la conocerá jamás a pesar de todas las “pruebas”.

El objeto de la Sabiduría es manifestarse, enseñar, educar y elevar al hombre y ayudarlo a alcanzar la conciencia de la Inmortalidad, librándole del error y de la ignorancia, porque le enseña a conocer su propia naturaleza superior como una fuerza inteligente en el universo. La Sabiduría es la Voluntad divina, cuya realización consiste en el llegar a ser. “Hágase tu voluntad”, significa en otros términos, “Déjanos llegar al Conocimiento”; y esto, nadie nos lo impide, sino nosotros mismos. Conocer exactamente las relaciones de las cosas en el mundo externo, es ciencia; pero no es sabiduría. La ciencia o el saber consiste en las apariencias transitorias; la Sabiduría es el conocimiento de la Verdad eterna e inmutable. Sin este conocimiento, la ciencia es un fragmento; no es verdadera sino cuando la base de su saber es el conocimiento de la Realidad una y eterna.

Por la revelación de la Verdad en nosotros, nace la Sabiduría que es la fuerza por la cual el universo es lo que se manifiesta, porque si éste no tuviera un fundamento real, no existiría de ningún modo.

Muchos filósofos afirman que el universo existe tan sólo en su concepción; pero mi concepción no cambia en nada la existencia del universo del cual, no conozco nada, sino lo que entra en mi concepción, aunque la Realidad está allí, sea que yo me forme un concepto de Ella o no.

Lo que percibimos corporalmente, no es por supuesto más que una apariencia; pero detrás de ella está la realidad, de otro modo no existiría. La Verdad es la Luz, y las formas las sombras. La Verdad es la Vida, y las formas un medio de manifestación. Por el conocimiento de la Verdad, el cual es la Sabiduría, nace del hombre animal preceder un Hombre divino, inmortal. Pero esto no se efectúa por la teoría, sino con el manifestarse en nosotros la Luz del Conocimiento por la acción. El universo es la “concepción” del Espíritu divino, y este Espíritu soy yo. Pero mientras no me lo reconozca en mí y tan sólo me imagino serlo entonces no es mi propio ser, mi “yo” nada, sino una ilusión pasajera.

SABIDURÍA, BELLEZA Y VERDAD

De la Sabiduría procede la Belleza, pues lo que es sabio es bueno, y lo que es bueno es bello. La posesión de la Sabiduría transfigura al alma y por medio del alma embellece al cuerpo, porque éste es la expresión exterior del alma. El amor a la Sabiduría se realiza por medio de la obediencia a lo que manda la Sabiduría. Esta obediencia descansa en la fe en el

poder de la Sabiduría, y la fe depende del amor, pues una “fe” sin amor es como un árbol muerto, el cual no produce fruto. La más elevada sagacidad humana no puede producir sabiduría alguna, así como un pedazo de hierro no puede, por sí solo, volverse candente; pero así como el hierro se vuelve candente por medio del calor, así también un entendimiento claro puede iluminarse por medio de la Luz de la Verdad, y llegar al conocimiento cuando el alma se enciende en el fuego del amor divino.

Las teorías varían, pero la Sabiduría es eterna. La Verdad es invariable, si bien sus manifestaciones son diversas según las proporciones bajo las cuales se manifiesta, del mismo modo que la luz del sol está siempre en el espacio y el que sea de día o de noche entre nosotros, depende que nos encontremos en la luz o en la sombra. La Sabiduría es única, pero puede manifestarse en un grado más o menos elevado, así como la luz del sol es tan sólo una, pero brilla con una intensidad que varía según las diferentes circunstancias y densidades dónde se refleja.

Ningún hombre se procura sus fuerzas por sí mismo. Nadie es sabio, bueno, bello, etc., de otra manera que por la manifestación en él de la Sabiduría, la Bondad, la Belleza, etc. El principio es la esencia, la forma es tan sólo el fenómeno. Toda sabiduría, moral, pureza, virtud, etc., que uno se haya hecho por sí mismo, es tan sólo ilusión y engaño. Donde hay presunción no puede crecer nada bueno. El yo personal es una ilusión y no puede producir nada sino ilusiones. El que cree ser mejor que otro se reirá de sí mismo cuando alcance el Conocimiento, porque verá entonces que él no es nada, sino que Dios es todo, y que sólo trascendiendo su propia personalidad, o más bien, comprendiéndola, puede la Divinidad manifestar en él sus atributos divinos. El sabio no procura obtener fuerzas espirituales para su utilidad o provecho personal, sino que se esfuerza en ser un instrumento para la manifestación de dichas fuerzas, porque, así como el martillo no sirve de nada sin el herrero, del mismo modo no sirve de nada el hombre, en sentido espiritual, si sus acciones proceden sólo de su propia volición, y no del espíritu del Conocimiento de la verdad. Para el verdadero teósofo, es decir, para aquel hombre que ha alcanzado el verdadero Conocimiento de Sí, no hay ningún “yo” ni “tú”, ningún “mío” ni “tuyo”, sino tan sólo Lo Único Eterno con la multiplicidad de sus fenómenos. Empero, esta doctrina no será comprensible para aquellos que se aman a sí mismos por sobre todas las cosas, porque sólo la verdad en el hombre puede reconocer a la Verdad.

Verdad quiere decir Realidad. Sólo aquello que es verdadero existe en realidad; todo lo demás es tan sólo una apariencia. Lo verdadero nos parece insubstancial mientras no lo reconocemos y confundimos la apariencia por realidad. La Verdad es eterna, y para Ella es indiferente el que los hombres la reconozcan o no; pero la existencia autoconsciente real del hombre depende de su conocimiento de la Verdad. Sin este conocimiento, él mismo no es otra cosa que un sueño.

Los necios que no aman la Verdad, cierran los ojos ante ella pidiendo pruebas de su existencia; el poseedor de Sabiduría la ve y no necesita ninguna prueba. El ciego procura alcanzar el Conocimiento de la Verdad por medio de argumentos e inferencias; el sabio abandona el error y se compenetra con lo inmanente. La vida de la Verdad es la muerte del error, y por lo tanto, no quieren saber nada de la Verdad los que se aman a sí mismos y a sus errores. Suelen pedirla a gritos, para rechazarla cuando se aproxima. La manifestación de la Verdad es la aniquilación del yo, que al principio aparece como un horrible fantasma, pero al fin se manifiesta como un ángel resplandeciente, porque cuando la ilusión de la

personalidad queda dominada, vemos que aquello que ha sido aniquilado no era nada sino una sombra del reino de la Luz.

El manantial de la Sabiduría es inagotable, alimenta al alma y ésta crece en él, no por la creencia en autoridades, sino que a la Luz de la Sabiduría, se desarrolla el Loto de la verdadera Conciencia como se abre en el sol el cáliz de la rosa. Son los frutos del Conocimiento de uno mismo si maduran a la luz de la Verdad, sin que disminuya por ello. El universo entero es un espejo de la Verdad; vemos en él las imágenes que la luz produce, pero no puede percibirse la Verdad sino con la luz de la misma, que está en nuestro interior. Esta percepción fortalece a la fe, cuya alma es la esperanza, y a la cual el amor penetra.

La esperanza, en el sentido espiritual, no es la expectativa de algún provecho personal, sino que así como la alondra saluda gozosa al sol naciente sin pensar en sí misma, de la misma manera se alegra el alma ante la confianza de que saldrá el Sol de la Sabiduría cuando despunte la aurora espiritual.

La vida de la Fe es la Voluntad que es la base de toda existencia; la voluntad de todas las criaturas para la existencia, ya consciente, ya inconsciente, es la causa de que haya criaturas. De nada sirve cualquiera “negación” científica. Mientras la voluntad del hombre es más fuerte que su conocimiento, no se eleva por encima del círculo de la vida. Una voluntad a la cual la fantasía mueve, es una voluntad quimérica; hasta que el hombre encausa su voluntad por el poder del Conocimiento, es esclavo de los poderes naturales ciegos en él, cuando se imagina ser dueño de su volición y de su acción. La voluntad no es un producto del hombre, sino que el hombre es un producto de su voluntad. El hombre es el resultado de sus acciones en formas de existencia anteriores, y estas acciones son determinadas por su volición más o menos consciente.

La volición del hombre ligado a la tierra, es una ilusión, una nada. Su cuerpo sigue las leyes de la naturaleza material, y sus acciones son determinadas por sus deseos. La volición del hombre no viene a ser suya sino cuando ha venido a ser uno con la ley por el poder del conocimiento. Entonces domina en él la voluntad de la Ley, y esta Ley no es otra que él mismo.

El Espíritu (la conciencia) es el generador, la Voluntad es la productora, la “substancia”. La Voluntad es el terreno en el cual yacen las semillas de las sensaciones y de los deseos; por medio de la influencia del Espíritu se desarrollan en ideas; de éstas procede el pensamiento y del pensamiento la acción. Por tanto, la voluntad del hombre ligado a la tierra, no es nada, porque el hombre sin conocimiento no es nada por sí mismo; él se imagina pensar, querer y obrar, y con todo, es tan sólo la naturaleza la que en él percibe, quiere, obra y piensa. “El se imagina impulsar y es impulsado”. Así como el viento arrastra a las hojas secas y las lleva al azar, del mismo modo el querer y el pensar del hombre que no posee verdadero conocimiento, son movidos por influencias que él no conoce ni puede dominar. Pero el iluminado por la Sabiduría tiene su voluntad libre en su propio poder, y el espíritu que penetra a su libre voluntad, es la Fe que puede “mover las montañas”.

Mientras que el hombre está ligado a una naturaleza sensual y no conoce su propia esencia verdadera, se halla pervertida la voluntad que en él actúa; mas si él se despierta a su verdadera autoconciencia y se pone en armonía con la Voluntad divina, entonces su voluntad es la Voluntad de Dios y queda libre. La razón por la cual no se efectúa esto, es la ignorancia de lo material en lo cual se halla preso el hombre.

Empero la ignorancia no tiene base alguna, como Sankaracharya lo demostró muchos siglos antes que Kant, lo cual, además, es evidente, porque la ignorancia es la ausencia del saber, y algo que no existe no tiene tampoco razón alguna para existir.

DIOS ES LA SUPREMA LEY Y LA ÚNICA REALIDAD

Ya que la existencia por sí misma es única, no puede haber sino una base única para toda existencia; pero las formas de existencia son innumerables y, por tanto, tiene innumerables causas, todas las cuales, sin embargo, pueden reducirse a una causa original, única de la cual son modificaciones. Esta causa original es la Realidad superior a todo concepto intelectual y no puede describirse, aunque se ha escrito mucho sobre ella, porque es infinitamente más grande que la concepción limitada del hombre. De que se pueda conocer espiritualmente, no hay prueba alguna que satisfaga al escéptico. Esto no lo puede saber sino aquel que ha alcanzado el espiritual Conocimiento de sí mismo.

La ciencia no puede conocer nada superior a la acción de la Ley, y menos a la Ley misma. Sólo Dios puede conocer la Ley: El mismo es la Ley. La Ley de Dios es perfecta, pero su acción no es perfecta en todas partes, porque donde no son armoniosas las condiciones bajo las cuales entra en actividad, no puede dominar la armonía. Lo que se llama “materia” está opuesto al Espíritu; por la voluntad contraria de lo “material”, queda impedida y pervertida la manifestación del Espíritu. La Voluntad de Dios es su ley; pero esta Voluntad no está sujeta a ningún antojo, capricho, deseo o pasión; es divina precisamente porque es una con la Ley, invariable, y la Ley misma. Pero la acción de la Ley es diversa según las proporciones bajo las cuales domina. Lo que es conveniente y justo para el animal, no lo es siempre para el hombre, porque entre los animales impera el egoísmo al cual el hombre tiene que vencer. Si todas las criaturas hubiesen sido, desde el principio, hechas de tal manera que no tuviesen que vencer ningún egoísmo, no tendrían tampoco nada que aprender y no habría ninguna fuerza individual que dominar, ningún conocimiento individual que adquirir.

La Ley de Dios es la Armonía. La Ley del hombre es que él mismo tiene que vencer todo lo inarmonioso en su naturaleza, y así ponerse conscientemente de acuerdo con la Armonía del Universo. La Armonía es el aliento de Dios en el Universo, y la Vida del alma del hombre. La “Ciencia del Aliento” no puede ser practicada por nadie que no conozca la Armonía del Espíritu, porque no se trata en ella del aliento animal, sino del espiritual, pues nadie ha llegado aún al Conocimiento divino con cerrar las ventanas de la nariz.

Por lo que hace a “Dios”, no hay ninguna definición; no podemos atribuirle sino cualidades negativas, tales como la infinidad, la incomprendibilidad. Un dios al cual yo pudiera concebir intelectualmente, sería más pequeño que mi inteligencia; y, por tanto, no sería Dios. Lo limitado no puede abarcar lo ilimitado, lo personal a lo impersonal. Por el contrario, podemos formarnos ciertos conceptos de la Esencia divina, según el modo en que se nos manifiesta su fuerza. Así es que cuando damos diversos nombres a Dios, lo Inefable, no designamos sino tan sólo las formas bajo las cuales nos aparece la Divinidad. Todas las demás especulaciones científicas, filosóficas y teológicas acerca de la esencia de la

Divinidad son tentativas necias para sondear lo insondable, y pruebas de la arrogancia del hombre, el que se imagina ser más grande que Dios.

Podemos presentarnos a Dios como la Omniautoconciencia en aquel estado en que no domina ya ninguna discordancia; como la Existencia absoluta, la que no tiene ninguna otra causa más que Ella misma; como el Manantial de todo ser y la Esencia de todas las cosas; como la única Realidad, fuera de la cual no existe nada verdadero; pero todas estas expresiones son insuficientes y distan mucho de darnos un concepto verdadero del Ser divino. Dios es todo, y, por tanto, nada de lo que puede concebir el hombre.

Decir que “Dios es el espacio” es una necedad, porque el “espacio” no es autoconsciente, y un dios inconsciente es muy inferior a una criatura que tiene conciencia aún cuando no fuere más que un gusano. Ya que Dios es Todo, es por supuesto, el “espacio” también, pero es todavía mucho más. No es ni esto ni aquello, sino todas las cosas y, sin embargo, no es cosa alguna.

Podemos representarnos su Aliento en la Vida del todo, su Voluntad como el amor infinito, su Justicia el cumplimiento de la Ley, su Palabra como la entera Creación y su Espíritu la Verdad. Cuando percibimos en El la fuente de todo lo Bueno, nos parece un Padre amante, Fuente de Toda Felicidad, siendo la Santidad misma, la cual no nos sirve de nada mientras no la poseemos. Cuando nos habla por medio de la naturaleza entera, nos parece como Instructor divino y en nuestro corazón como el Redentor. Su Poder en el universo es su volición; su Acción en el interior del hombre, la manifestación de su Sabiduría; su Mansión es todo lo que ha producido; su Asiento en el hombre, el Conocimiento de Sí; El es también la Paz eterna, siendo el único camino que a ella conduce la Paciencia. Su reino es la Sabiduría, su Palabra la Verdad, su Vida la Luz.

Ya que Dios es todo, es también lo Absoluto, pero lo Absoluto aún está más allá todavía. En su aspecto como Absoluto, no se le puede atribuir cualidades positivas a Dios, porque todas las cualidades, aún la existencia misma, son de naturaleza relativa, y lo Absoluto no tiene relación con nada. Sí, en realidad, no hay nada sino Dios, no hay tampoco nada hacia lo cual pueda ser bueno o malo. Por tanto, Dios no es ni ángel ni diablo, ni bueno ni malo, ni moral ni inmoral, ni virtuoso ni vicioso. Todas estas cualidades proceden de las relaciones de las criaturas entre sí, pero Dios no es criatura. El “Bien” es perjudicial si aparece en un lugar inconveniente, y lo “malo” es bueno, cuando es necesario.

Por consiguiente, Dios no tiene ningún atributo divino para nosotros. Sus atributos divinos no llegan a existir sino cuando aprendemos a conocerlos y esto no es posible hasta que se manifiestan en nosotros mismos. Pero llegamos a poseer tales atributos cuando aprendemos a conocer los atributos de Dios como los nuestros propios, después de vencer la ilusión de la personalidad; y sólo se puede responder a la pregunta: “¿qué es Dios?” cuando sabemos lo que nosotros mismos somos según nuestra propia naturaleza. Pero el que ha realizado la divinidad en sí mismo, no puede describirla a nadie, porque sería incomprendido de aquellos que aún no conocen a Dios, cuya acción entera no consiste en nada sino en su manifestación del Universo entero, el que, a pesar de todo, no es comprendido precisamente, porque el divino Conocimiento de Sí no pertenece al hombre moral, sino que sólo pertenece al “Hijo de Dios hecho carne”, cuando el hombre se reconoce a sí mismo como la Divinidad.